

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XLII
Julio-Diciembre 2026
Número 82

SUMARIO

ECONOMÍA Y RELIGIÓN. EL AGENTE ECONÓMICO COMO PROTAGONISTA DE LA HISTORIA: CUANDO LA IA SE CONVIRTIÓ EN DIOS

Daniel Arnaiz Boluda, Cristóbal Matarán López, Hongsong Wang (Coords.)
Presentación del monográfico 323-324

ARTÍCULOS

Martín Carbajo-Núñez
Oeconomía Dei y economía humana: una visión franciscana para la era de la IA... 325-347

Gabriela Hernández Guzmán
La economía del Reino de Dios: reciprocidad, don y verdad en la teología de Joseph Ratzinger 349-370

Antonio Sánchez-Bayón
Enseñanzas de la Escuela de Salamanca en Economía: crítica a la Síntesis Neoclásica y bases para una alternativa de fundamentos 371-394

Helena López-Casares Pertusa
Religión, capitalismo y trabajo: análisis contemporáneo desde una perspectiva ética 395-417

Santos Andrés Gutiérrez-Figueroa – Maicol Jesús Ochoa Arellano – Leslie Paulina Rodríguez Valencia – Asaf Levi Alfaroviz
Algorithmic prophecy and the market of faith: a case study of the “Truth Terminal” and the economics of an artificial religion 419-440

Alfonso Díaz Vera – León M. Gómez Rivas
Proyecciones de la teología en la organización económica: la interpretación weberiana y la experiencia de los pueblos-hospital de Vasco de Quiroga 441-457

Cristóbal Matarán López
Ética, trabajo y usura en la Reforma Protestante: una comparación entre el pensamiento económico y social de Lutero, Calvino y Zuinglio 459-479

Williams Rafael Ruiz Regalado
Libre albedrío: capitalismo versus socialismo. Un análisis desde la perspectiva de la Escuela Austriaca de Economía 481-497

Cecilia Font de Villanueva
El agente económico protagonista de la Historia Económica. Implicaciones sobre la naturaleza y el método de la disciplina 499-516

Vicente Javier Más Torrecillas
La pérdida de valores humanísticos como causa de las crisis económicas de ciclo largo 517-530

William Hongsong Wang – Eduardo Martínez Barato
Knowledge, liberty, and entrepreneurial judgment: a comparative analysis of Luis de Molina and Max Weber 531-551

Rafael Barquín Gil – Pablo A. Martín-Grande
Marruecos y España: religión, autocracia y desarrollo económico 553-572

BIBLIOGRAFÍA 573-601

LIBROS RECIBIDOS 603-604

ÍNDICE DEL VOLUMEN 605-608

CARTHAGINENSIA



ISSN 0213-4381 e-ISSN 2605-3012
<http://www.revistacarthaginensia.com>
carthaginensia@itmfranciscano.org

Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Pza. Beato Andrés Hibernón, 3
E-30001 MURCIA

CARTHAGINENSIA fue fundada en 1985 como órgano de expresión cultural y científica del Instituto Teológico de Murcia O.F.M., Centro Agregado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Antonianum (Roma). El contenido de la Revista abarca las diversas áreas de conocimiento que se imparten en este Centro: Teología, Filosofía, Historia eclesiástica y franciscana de España y América, Franciscanismo, humanismo y pensamiento cristiano, y cuestiones actuales en el campo del ecumenismo, ética, moral, derecho, antropología, etc.

Director / Editor

Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia, España) carthaginensia@itmfranciscano.org

Secretario / Secretary

Miguel Ángel Escribano Arráez (Instituto Teológico de Murcia, España) carthaginensia@itmfranciscano.org

Staff técnico / Technical Staff

Juan Diego Ortín García (corrección de estilo), Carmen López Espejo (revisión filológica), Domingo Martínez Quiles (gestión de intercambios), Diego Camacho Jiménez (envíos postales).

Consejo Editorial / Editorial Board

Carmen Bernabé Ubieta (Universidad de Deusto, Bilbao, España), Mary Beth Ingham (Franciscan School of Theology, USA), Jorge Costadoat (Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile), Emmanuel Falque (Institut Catholique de Paris, France), Cristina Inogés Sanz (Facultad de Teología SEUT Madrid, España), Ivan Macut (Universidad de Split, Croacia), Francisco Martínez Fresneda (Instituto Teológico de Murcia, España), Martín Gelabert Ballester (Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, España), Gertraud Ladner (Institut für Systematische Theologie, Universität Innsbruck, Deutschland), Rafael Luciani (Boston College, Boston, Massachusetts, USA), Carmen Márquez Beunza (Universidad Pontificia Comillas, Madrid, España), Mary Melone (Pontificia Università Antonianu, Roma, Italia), Simona Paolini (Pontificia Università Antonianu, Roma, Italia), Thomas Ruster (Fakultät Humanwissenschaften und Theologie, Technische Universität Dortmund, Deutschland), Teresa Toldy (Universidade Fernando Pessoa, Portugal), Manuel A. Serra Pérez (ISEN, Murcia, España), Jesús A. Valero Matas (Universidad de Valladolid, España), Olga Consuelo Vélez Caro (Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia), Antonina María Wozna (Universidad de Graz, Austria).

Comité Científico / Scientific Committee

Nancy E. Bedford (Evangelical Theological Seminary, Evanston, USA); Jaime Laurence Bonilla Morales (Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia); David B. Couturier (St. Bonaventure University, NY, USA); Mauricio Correa Casanova (Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile); Mary E. Hunt (Women's Alliance for Theology Ethics and Ritual, USA); Lisa Isherwood (University of Wonchester, UK); Francisco José García Lozano (Universidad Loyola, Granada, España); Hans Josef Klauck (Facultad de Teología, Universidad de Chicago, USA); Mary J. Rees (San Francisco Theological School, USA); Cristina Simonelli (Facoltà teologica dell'Italia Settentrionale, Milano, Italia); Susana Vilas Boas (Université Catholique de Lyon, France).

Secretaría y Administración

M. A. Escribano Arráez. Pl. Beato Andrés Hibernón, 3. E-30001 MURCIA.

La suscripción de la revista impresa para 2026 es de 40 € para España y Portugal, y 60\$ para el extranjero, incluidos portes. El número suelto o atrasado vale 20 € o 30 \$. Artículos sueltos en PDF 3 € o \$ 5.

Any manuscripts and papers intended for publication in the magazine should be addressed to the Editor at the following address: Cl. Dr. Fleming, 1. E-30003 MURCIA. Price for the printed magazine: Single or back issues : 20 € or \$ 30. Single article in PDF 3 € or \$ 5.

Antiguos directores

Fr. Francisco Víctor Sánchez Gil (+2019) 1985-1989. Fr. Francisco Martínez Fresneda, 1990-2016.

D.L.: MU-17/1986

Impresión: Compobell, S.L.

LA PÉRDIDA DE VALORES HUMANÍSTICOS COMO CAUSA DE LAS CRISIS ECONÓMICAS DE CICLO LARGO

HUMANISTIC EROSION AS A CONSTITUTIVE DIMENSION OF LONG-CYCLE
ECONOMIC CRISES

VICENTE JAVIER MÁS TORRECILLAS

Universidad Europea de Valencia, España

Orcid: 0009-0001-8274-506X

javier.mas@universidadeuropea.es

Recibido 15 de enero de 2026 / Aceptado 20 de mayo de 2026

Resumen: El presente artículo aborda la relación entre la pérdida de valores morales y las crisis estructurales de ciclo largo, conocidas como ondas Kondratiev. El artículo indaga en el hecho de que estos ciclos no solo muestran transformaciones en la estructura económica, sino también fracturas profundas en los sistemas normativos y en los códigos ético-culturales que cohesionan a las sociedades. La hipótesis central es que la pérdida de valores humanísticos no son una consecuencia, sino una de las causas de estas crisis estructurales. Además, estas no pueden entenderse únicamente desde una óptica tecnológica y productiva, sino que implican también una deslegitimación moral del orden existente, observable en fenómenos como la corrupción sistémica, la desafección institucional y la mercantilización extrema de la vida. El estudio busca contribuir a una comprensión más global de las crisis contemporáneas, integrando dimensiones éticas a la teoría de los ciclos económicos de larga duración.

Palabras clave: Crisis estructural; Ciclos largos; Economía; Humanismo; Moralidad.

Abstract: This article addresses the relationship between the loss of moral values and long-term structural crises, known as Kondratiev waves. It explores how these cycles not only reveal transformations in the economic structure but also profound fractures in the normative systems and ethical-cultural codes that bind societies together. The central hypothesis is that the loss of humanistic values is not a consequence but rather a cause of these structural crises. Furthermore, these crises cannot be understood solely from a techno-productive perspective; they also imply a moral delegitimization of the existing order, observable in phenomena such as systemic corruption, institutional disaffection, and the extreme commodification of life. This study seeks to contribute to a more comprehensive understanding of contemporary crises by integrating ethical dimensions into the theory of long-term economic cycles.

Keywords: Structural crisis; Long cycles; Economics; Humanism; Morality.

La teoría de las ondas largas de Kondratiev ha ofrecido un marco valioso para comprender la dinámica cíclica de la economía en la edad contemporánea. Sin embargo, la perspectiva tradicional del crecimiento y crisis económica, centrada en la innovación tecnológica y productiva, tiende a evitar una dimensión fundamental: el proceso degenerativo progresivo que acompaña a estos ciclos. El presente artículo retoma y expande la tesis de que las crisis estructurales de ciclo largo no son meramente un fenómeno económico, sino que incorporan un deterioro moral que socava la cohesión social y acaba afectando al orden existente (Bytsebier, 2024; Finn, 2006). En este sentido, la pérdida de valores morales no es un epifenómeno de la crisis económica, sino una dimensión intrínseca y también constitutiva de la misma.

1. Ciclos Kondratieff y su correlación con la pérdida de valores humanísticos

La teoría de los ciclos Kondratieff ha sido ampliamente discutida en el campo de la economía política, pero su relación con los procesos de erosión ética y cultural adquiere especial relevancia cuando se analiza la dimensión histórica de las crisis de largo alcance. En líneas generales, las ondas de Kondratieff —con sus fases ascendentes de expansión y sus fases descendentes de contracción— no sólo describen movimientos económicos, sino que también reflejan transformaciones profundas en los valores que sostienen las estructuras sociales (Mandel, 1980). Tal como señala Kondratieff, las fases expansivas se caracterizan por el optimismo productivo y la confianza en el progreso; sin embargo, este dinamismo no es únicamente material, sino también axiológico. En efecto, durante las fases ascendentes suele consolidarse un sistema de valores coherente con la racionalidad instrumental dominante: individualismo, competitividad y meritocracia. Estos valores legitiman el modelo productivo emergente y ofrecen un horizonte de sentido compartido.

No obstante, cuando estos valores alcanzan su punto de maduración extrema, tienden a radicalizarse y perder coherencia interna, dando paso a un proceso de deterioro moral y acelerando la descomposición del período de crecimiento. Esta tesis es consistente con los aportes de la escuela del sistema-mundo. Wallerstein (1974) sostiene que los ciclos hegemónicos no sólo implican la expansión material de un centro dominante, sino también la imposición de un criterio moral y cultural que normaliza sus prácticas económicas. En la misma línea, Arrighi (1994) argumenta que el declive de una

hegemonía se manifiesta en la incapacidad de mantener la cohesión social y la legitimidad ética de sus valores. Así, cuando el capitalismo entra en una fase descendente de un ciclo largo, las contradicciones de su ética individualista se intensifican, generando una brecha entre los principios proclamados y las prácticas realmente existentes.

Este fenómeno puede observarse en episodios históricos concretos. La crisis de 1873, que marcó el inicio de una larga depresión económica, no sólo impactó en los mercados internacionales, sino que también produjo una profunda crisis de identidad cultural. Como señala Hobsbawm (1987), las décadas posteriores a 1873 estuvieron marcadas por el resquebrajamiento de la fe en el liberalismo clásico y por el surgimiento de movimientos que denunciaban la “anomia moral” del capitalismo industrial. El vaciamiento ético que acompañó esta crisis no fue un fenómeno accesorio, sino un componente estructural del agotamiento del ciclo expansivo previo. La exaltación del progreso ilimitado y la competencia como virtud se enfrentó de forma abrupta con la evidencia de un sistema incapaz de garantizar estabilidad, solidaridad o bienestar general.

Un patrón similar se observa en la Gran Depresión de 1929. Más allá del colapso económico, este periodo estuvo caracterizado por una profunda crisis de sentido que permeó todas las esferas sociales. Polanyi (1944) describe este momento como el resultado de una “desincrustación” extrema de la economía respecto de la sociedad, provocada por la absolutización del mercado como principio ordenador. La pérdida de valores humanísticos —como la responsabilidad social, la cooperación o la igualdad— generó un vacío moral que dejó a numerosos sectores sin referentes éticos sólidos. La consecuencia fue la proliferación de discursos radicales y movimientos autoritarios que prometían restaurar un sentido comunitario, aunque frecuentemente mediante la supresión de libertades y la imposición de nuevos dogmatismos. Encuentren ustedes los paralelismos con la situación actual.

Este eje interpretativo sugiere que las crisis de ciclo largo no pueden comprenderse exclusivamente en términos de sobreacumulación de capital o transformaciones tecnológicas, sino también como crisis de legitimidad moral. A medida que un modelo económico radicaliza los valores que lo hicieron funcional en sus inicios, estos terminan por volverse autodestructivos. El individualismo competitivo, inicialmente motor de innovación, puede convertirse en una práctica corrosiva que fragmenta la cohesión social. La racionalidad instrumental, que inicialmente prometía eficiencia, puede derivar en la subordinación completa de los fines humanísticos a los medios

económicos. En esta perspectiva, la pérdida de valores no es una consecuencia secundaria, sino un motor central que acelera el agotamiento de un ciclo histórico.

Por ello, comprender las ondas de Kondratieff implica reconocer que los procesos económicos son inseparables de los procesos culturales. Como sugiere Wallerstein (2004), los sistemas-mundo se transforman no sólo por su estructura material, sino por la capacidad (o incapacidad) de sostener un proyecto moral coherente. Las crisis estructurales emergen cuando la sociedad deja de creer en los valores que legitiman su funcionamiento, abriendo paso a nuevas configuraciones históricas.

2. Pérdida de moralidad inversamente proporcional al crecimiento de la riqueza

La relación entre crecimiento económico y debilitamiento de los valores morales constituye uno de los debates más interesantes dentro de la investigación social contemporánea. Aunque el aumento de la riqueza suele asociarse al progreso material y al bienestar, una mirada más profunda revela que dicho proceso puede ir acompañado de una erosión progresiva de los valores humanísticos que sostienen la vida en común. La hipótesis central que aquí desarrollamos es que a mayor generación de riqueza —especialmente cuando es producto de la racionalidad instrumental característica de la economía de crecimiento— mayor es el riesgo de pérdida de valores éticos, debido a la autonomización de la lógica económica, la mercantilización de la vida y el crecimiento del individualismo competitivo.

En primer lugar, la instrumentalización radical señalada por Horkheimer ofrece una clave interpretativa indispensable. A pesar del tiempo transcurrido, en *Crítica de la razón instrumental*, Horkheimer (1947) se sostiene que la racionalidad moderna ha dejado de orientarse por fines sustantivos —como la justicia o la dignidad— para centrarse exclusivamente en la eficiencia y la utilidad. Afirmación que podemos traer también al presente. La economía lleva esta tendencia a su extremo, convirtiendo toda forma de acción social en un cálculo de costos y beneficios. A medida que la riqueza crece, esta lógica se intensifica: el ser humano pasa a ser considerado un recurso, un medio para los fines del sistema productivo, en lugar de ser el fin último de la organización social. Esta subordinación genera alienación y desarraigo, pues la experiencia humana ya no se mide por su valor intrínseco, sino por su contribución a la rentabilidad. En este sentido, la riqueza

no actúa como un proceso neutral, sino como un impulso que refuerza la hegemonía de la razón instrumental sobre la ética.

En segundo lugar, la mercantilización de la vida constituye un efecto directo del crecimiento económico bajo la lógica capitalista. Polanyi (1944), en *La gran transformación*, advertía que cuando los mercados se expanden sin límites, las instituciones y los vínculos sociales comienzan a reorganizarse según los criterios del intercambio. Otro de los axiomas que parecen no haber decaído con el tiempo. El auge de la riqueza empuja a que dimensiones tradicionalmente regidas por normas morales o comunitarias —como la solidaridad, la confianza o el reconocimiento— sean traducidas a valores de uso y de cambio. Las relaciones humanas se vuelven transaccionales, medibles, cuantificables. Bauman (2007) describe este fenómeno como la “corrosión moral” de la modernidad líquida, en la cual el otro deja de ser un sujeto con dignidad propia y se convierte en un instrumento para la autorrealización individual o en un competidor más dentro del mercado de oportunidades. Cuando la riqueza se multiplica y la lógica económica penetra todas las esferas de la vida, los valores humanísticos son desplazados por criterios de utilidad, eficacia o conveniencia.

La tercera dimensión explicativa es el individualismo exacerbado. El crecimiento capitalista depende de la búsqueda incesante de la riqueza individual, lo que genera un proceso de subjetivación orientado hacia la autoconfianza ilimitada, el éxito personal y la autosuficiencia. Sennett (1998), en *La corrosión del carácter*, muestra cómo los individuos internalizan la lógica competitiva del mercado, y esta se convierte en el centro de su identidad. En la cúspide del ciclo expansivo, la sociedad tiende a celebrar la acumulación privada como virtud, alimentando la idea de que la prosperidad es prueba de mérito moral. Sin embargo, esta exaltación del éxito individual tiene un efecto corrosivo sobre la conciencia social: disminuye la sensibilidad hacia la interdependencia humana y debilita los lazos comunitarios. Cuando la riqueza es el parámetro universal de valoración, el bien común se percibe como un obstáculo o como un residuo de moralidades obsoletas. Es curioso cómo, en el momento actual de crisis, se ha impostado un falso retorno a valores de concienciación social que esconde la perpetuación del individualismo más exagerado.

Este fenómeno también tiene consecuencias estructurales. En ciclos de crecimiento anteriores, el auge de la riqueza coincidió con una creciente desigualdad y con la concentración de recursos en manos de una élite, lo que acentuó la brecha ética entre los principios proclamados —igualdad, justicia, solidaridad— y las prácticas reales de la sociedad. Como observa Piketty

(2014), los periodos de acelerado crecimiento económico en contextos capitalistas tienden a acompañarse de fuertes procesos de acumulación que desestabilizan las normas morales que sostienen la cohesión social. Cuanto más se ensancha la riqueza, más se relativizan los valores humanísticos, debilitando la legitimidad de las instituciones y generando tensiones que suelen estallar en periodos posteriores de crisis. Con todo, hay que matizar que la crisis en la que nos encontramos, producto de un crecimiento desmedido anterior, no polarizó la riqueza y la pobreza, sino todo lo contrario. Nos encontraríamos, quizás, ante el cambio de paradigma, donde las desigualdades no conducen a la crisis, sino el individualismo radical en todos los grupos sociales.

En cualquier caso, la paradoja central es evidente: el crecimiento económico que promete bienestar puede simultáneamente corroer los fundamentos éticos que hacen posible la convivencia humana. La riqueza, cuando se produce bajo una racionalidad puramente instrumental, tiende a desbordar los límites éticos y a convertir los valores en mercancías. Por ello, sostener un desarrollo verdaderamente humano implica subordinar la economía a la ética, y no a la inversa. La historia demuestra que, sin esta subordinación, la prosperidad material se convierte en un proceso autodestructivo para los valores que sostienen la vida social.

3. Pérdida de principios humanísticos cristianos en paralelo a la pérdida de moralidad

La tensión entre el humanismo económico y el capitalismo constituye uno de los ejes fundamentales para comprender la crisis moral que acompaña a las transformaciones de la economía global.

Mientras el humanismo económico sostiene que la actividad económica debe estar subordinada a la ética y orientada al bien común, el capitalismo moderno opera bajo una lógica instrumental que prioriza la maximización del beneficio, incluso a costa de valores humanísticos fundamentales. Esta confrontación no es meramente teórica, forma parte de un proceso histórico más amplio ligado a la secularización de la modernidad y al progresivo abandono de la cosmovisión trascendente que tradicionalmente había servido como ancla moral para las sociedades occidentales. El resultado es un desanclaje ético que contribuye a la crisis de sentido que precede y acompaña a las grandes crisis económicas.

En primer lugar, el humanismo económico, enraizado en la tradición cristiana y en pensadores como Tomás de Aquino, plantea que la economía

debe estar al servicio de la persona humana y no al revés. Maritain (1942) sostenía que la dignidad humana es el valor absoluto sobre el cual deben organizarse el Estado, la sociedad y, por extensión, la economía. Desde esta perspectiva, el trabajo no es una mercancía, sino una actividad a través de la cual la persona realiza su vocación ética y espiritual. Sin embargo, esta concepción contrasta frontalmente con la racionalidad instrumental que caracteriza al capitalismo desde la modernidad.

Recordemos que Weber (1905), en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, ya había advertido que el capitalismo tiende a autonomizar su lógica, construyendo una “jaula de hierro” donde la eficiencia y la acumulación se convierten en fines en sí mismos. El choque entre ambas tradiciones —la humanista y la capitalista— muestra cómo la pérdida de principios éticos absolutos ha coincidido históricamente con la radicalización del mercado y con la subordinación del ser humano a los imperativos del beneficio.

En segundo lugar, la secularización juega un papel crucial en el debilitamiento de los valores moralmente cohesivos. Taylor (2007), en *A Secular Age*, argumenta que la modernidad ha reemplazado la visión trascendente del mundo por una cosmovisión “inmanente”, en la que las referencias últimas ya no remiten a Dios ni a un orden moral objetivo, sino a preferencias individuales.

Este desplazamiento ha contribuido a lo que MacIntyre (1981) llamó la “fragmentación moral”: en ausencia de un fundamento común, los valores se convierten en meras opiniones subjetivas sin la fuerza normativa necesaria para sostener la vida social. El desanclaje moral no sólo debilita los vínculos comunitarios, sino que también crea el caldo de cultivo para que la lógica del mercado ocupe el vacío dejado por la pérdida de fundamentos trascendentes. De todo ello se podría deducir que la “negación de Dios como Creador”, o más ampliamente, el debilitamiento de las creencias religiosas compartidas, no es un fenómeno meramente espiritual, sino que tiene consecuencias económicas y sociales profundas, pues deja a la sociedad sin referentes últimos que limiten la avaricia, la ambición desmedida o la instrumentalización del otro.

En tercer lugar, la avaricia, entendida desde la tradición cristiana como un vicio fundamental, adquiere un papel central en la fase expansiva de los ciclos económicos. La frase bíblica “el amor al dinero es la raíz de toda clase de males” (1 Tim 6:10) resume una advertencia antropológica profunda: la riqueza, cuando se convierte en fin último, corrompe no sólo a las personas, sino también a las instituciones. Voegelin (1952) ya señaló que las sociedades que rompen su vínculo con la trascendencia tienden a

absolutizar bienes inmanentes —como el poder o el dinero— generando desórdenes espirituales y sociales.

En términos económicos, esta absolutización se manifiesta en la acumulación sin límites, en la especulación, en la reducción de toda relación humana al intercambio y en la instrumentalización del prójimo como medio para el lucro. Durante las fases de auge, la avaricia es celebrada bajo el disfraz de éxito o emprendimiento; sin embargo, este mismo impulso prepara el terreno para la crisis, ya que genera desigualdad, erosiona la confianza social y destruye los valores cooperativos necesarios para la estabilidad económica.

Entendemos, pues, que el choque entre humanismo económico y capitalismo no es un mero desacuerdo ideológico, sino la expresión de una transformación cultural profunda: el paso de una sociedad anclada en un horizonte trascendente a otra definida por la lógica del mercado. La crisis moral que emerge de este desplazamiento antecede y acompaña las crisis económicas, mostrando que la estabilidad de un sistema productivo depende no sólo de variables materiales, sino también de un fundamento ético compartido. Allí donde la economía deja de estar subordinada a la dignidad humana, el capitalismo no sólo pierde legitimidad, sino también equilibrio.

De todo ello podemos desprender que la reconstrucción de una economía verdaderamente humana exige, por tanto, recuperar el fundamento ético y trascendente, sin el cual la vida social —y económica— se vuelve frágil y finalmente insostenible. Ahora bien, ¿cómo recuperamos el fundamento ético sin no hay un proceso brusco de ruptura? Frente a anteriores crisis, donde la guerra permitía la recuperación de esos valores morales, en la actualidad nos encontramos ante un escenario nuevo en el cual no existe una ruptura abrupta con esa concepción.

4. La pérdida de valores cristianos y de valores morales no es una consecuencia de las crisis, sino uno de los orígenes de las crisis

Como hemos visto hasta ahora, el análisis de las crisis estructurales contemporáneas exige repensar la relación entre economía y moral. Con frecuencia se interpreta que la erosión de los valores humanísticos es un efecto colateral de los procesos económicos. Sin embargo, hasta el momento hemos tratado de demostrar precisamente lo contrario, que la decadencia moral constituye una de las causas del colapso institucional, social y productivo, convirtiéndose en parte de esas crisis sistémicas y cíclicas.

En este contexto, el choque entre el humanismo económico —que sitúa la dignidad humana en el centro de la actividad productiva— y el capitalismo instrumental —centrado en la eficiencia y la acumulación— supone que la pérdida de valores no es un fenómeno secundario, sino un detonante estructural. Cuando el tejido normativo, las normas que rigen un sistema, se desgastan y la cohesión social se debilita superada por el individualismo, las sociedades se vuelven más vulnerables a los choques económicos, menos capaces de gestionar tensiones y más proclives a enfrentar crisis profundas y prolongadas.

Debemos entender, pues, que el deterioro moral antecede a la inestabilidad sistémica. Fukuyama (1995), en *Trust*, subrayaba que la confianza social es un componente indispensable del desarrollo económico. Cuando la corrupción, la desafección institucional y la erosión de las normas éticas proliferan, la capacidad de cooperación se desmorona.

Del mismo modo, Sen (1999) sostenía que las libertades sustantivas —entre ellas, las éticas y cívicas— son condiciones previas para el desarrollo y no simples complementos. Bajo esta perspectiva, el deterioro del tejido normativo genera debilidad estructural. Además, la corrupción sistémica no sólo distorsiona la asignación de recursos, sino que destruye la legitimidad del sistema, alimentando la incertidumbre y reduciendo la capacidad de respuesta frente a shocks económicos. La falta de valores éticos sólidos provoca que las instituciones operen con menor efectividad, y esta fragilidad institucional actúa como un acelerador de la inestabilidad.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta la denominada causalidad circular. La pérdida de valores humanísticos contribuye al origen de la crisis, pero la propia crisis profundiza esa pérdida. MacIntyre (1981), en *After Virtue*, describía cómo las sociedades que han perdido sus marcos éticos comunes caen en una “emotivización de la moral”, donde las decisiones colectivas se guían por impulsos inmediatos en lugar de principios duraderos. Esta descomposición moral produce una gestión cortoplacista, incapaz de anticipar riesgos sistémicos o sostener proyectos de largo plazo. A su vez, cuando sobreviene la crisis económica, las tensiones sociales se intensifican: aumenta la competencia destructiva, se profundizan las desigualdades y se acelera la desconfianza mutua. Como explicaba Habermas (1981), en contextos de crisis sistémica, la racionalidad comunicativa —basada en el consenso y la cooperación— se debilita aún más frente a una racionalidad estratégica centrada en intereses particulares. El resultado es un círculo vicioso: la erosión moral debilita las estructuras so-

ciales y la crisis acelera la degradación ética, empujando al sistema hacia una espiral descendente.

Por último, tenemos lo que se ha venido a llamar el dilema del “sentido”. La pérdida de valores humanísticos no sólo afecta el comportamiento individual o institucional, sino que también genera una crisis social más profunda: la incapacidad de articular una visión compartida de futuro. Taylor (2007) señalaba que las sociedades contemporáneas atraviesan una “crisis de significado” producto del debilitamiento de los horizontes normativos que antes orientaban la vida colectiva. Sin un marco ético que proporcione sentido y dirección, las decisiones económicas se vuelven reactivas y fragmentarias, y las políticas públicas carecen de un proyecto coherente. Es decir, que la crisis estructural se agrava porque las sociedades ya no saben hacia dónde dirigirse: pierden la capacidad de sacrificio, de planificación intergeneracional y de construcción común. En este vacío, el capitalismo instrumental ocupa el espacio abandonado por el humanismo, imponiendo una lógica del corto plazo que profundiza las tensiones en lugar de resolverlas.

El choque entre humanismo económico y capitalismo no es sólo un conflicto de modelos, sino el síntoma de un proceso más profundo: la sustitución de valores éticos por valores instrumentales. Allí donde la dignidad humana deja de ser el principio orientador, la economía se autonomiza y el sistema pierde cohesión interna. La crisis estructural emerge entonces no sólo de fallos económicos, sino de una crisis moral previa que socava las bases de la cooperación social y la legitimidad institucional. Recuperar los valores humanísticos es, por tanto, una condición necesaria para reconstruir la estabilidad estructural. Sin un tejido moral compartido, ninguna estrategia económica puede sostenerse en el largo plazo.

5. El crecimiento económico está unido a la fortaleza de valores humanos

Nos hemos centrado hasta ahora en el proceso de degradación económica producido por la pérdida de valores morales y humanísticos. Pero el proceso contrario también se da, y es previo (o posterior, según se mire) a la crisis.

La relación entre crecimiento económico y moralidad constituye un eje interpretativo fundamental para comprender las dinámicas de estabilidad y colapso de los sistemas económicos contemporáneos. Lejos de ser un proceso meramente técnico o cuantitativo, el crecimiento económico sostenible

exige una base ética sólida que guíe las acciones humanas hacia fines verdaderamente humanos y no únicamente utilitarios.

La tesis central que aquí se defiende es que el crecimiento solo puede prosperar cuando se sustenta en valores como la solidaridad, la justicia, la confianza y la ética. Cuando estos valores se erosionan y se impone una racionalidad instrumental enfocada exclusivamente en la acumulación, el sistema no sólo pierde cohesión interna, sino que prepara las condiciones para su propio colapso. En esta perspectiva, la moralidad no es un complemento del desarrollo, sino su condición previa y su motor interno.

Schumacher (1973), hace ya unas décadas, sostenía en *Small is Beautiful*, que la economía debe entenderse como un proceso de “actualización de valores humanos en el mundo real”, y que el crecimiento solo es significativo cuando contribuye al florecimiento humano. Esta visión se opone al paradigma actual dominante, según el cual el crecimiento se reduce al aumento del producto o del ingreso sin considerar sus implicaciones éticas o sociales. Sen (1999), de modo convergente, argumentaba que el desarrollo debe entenderse como expansión de capacidades humanas, no como mera acumulación de bienes. Cuando el crecimiento se desvincula de esta dimensión ética y adquiere un carácter puramente instrumental, se deshumaniza. Es decir, se convierte en un fin en sí mismo que utiliza a las personas como medios para los objetivos del sistema. Este desplazamiento erosiona los valores humanísticos y transforma el crecimiento en una fuerza destructiva más que creadora. Este carácter destructivo es lo que termina desembocando en una etapa de crisis.

Es interesante también analizar el papel de los valores en la cohesión social. Diversos pensadores han destacado que la prosperidad económica a largo plazo requiere un tejido social sólido y confiable. De nuevo Fukuyama (1995) mostraba, antes del nuevo milenio, que las sociedades con altos niveles de confianza interpersonal logran una mayor eficiencia económica, pues reducen los costos de transacción y facilitan la cooperación. En cambio, cuando los valores de solidaridad, justicia y ética se debilitan, la cohesión social se fragmenta y la desconfianza prolifera. La pérdida de valores conduce entonces a un deterioro de las instituciones, que se vuelven incapaces de gestionar el conflicto social o de planificar a largo plazo.

Como señala Putnam (2000), el capital social —compuesto por normas de reciprocidad y vínculos de confianza— es indispensable para sostener el bienestar colectivo. Sin estas bases morales, la cooperación se reemplaza

por la lógica del sálvese quien pueda, que intensifica los conflictos y acelera la vulnerabilidad estructural.

Cuando el sistema económico opera sin referencia a valores éticos, surge una lógica que fomenta la alienación, el nihilismo y el desarraigo, como hemos visto con anterioridad. Marx (1867) ya había advertido que el capitalismo tiende a convertir las relaciones humanas en relaciones entre cosas, y que esta cosificación genera un profundo malestar social. Más recientemente, Bauman (2007) ha mostrado que la modernidad líquida, gobernada por la lógica del consumo y la acumulación, produce individuos desorientados, fácilmente manipulables y emocionalmente inseguros.

En estas condiciones, el crecimiento económico se vuelve insostenible. Al destruir los valores que sostienen la cohesión interna del sistema, socava los cimientos sobre los cuales se apoya la estabilidad a largo plazo. La paradoja es evidente: cuanto más se expande un crecimiento deshumanizado, más se acerca el sistema a su propio colapso, pues profundiza las desigualdades, rompe los vínculos comunitarios y crea una sociedad incapaz de sostener su propia estructura.

En resumen, el crecimiento económico auténtico es inseparable de la moralidad. La solidaridad, la justicia y la ética no son adornos filosóficos, sino fuerzas estructurales que permiten que la economía funcione de manera ordenada y sostenible. Cuando desaparecen, la economía pierde su orientación humana y se convierte en un mecanismo ciego que termina destruyendo las bases mismas de su prosperidad.

Si tenemos claro que los valores humanísticos forman parte del proceso de crecimiento económico por el contrario, debemos entender que la reconstrucción económica no puede limitarse a aspectos cuantitativos. En esta etapa se requiere una revitalización de los valores humanísticos, que hacen posible la cooperación, la confianza y el sentido común de propósito. Sin esta base moral, el crecimiento no sólo se vuelve insuficiente, sino potencialmente destructivo, y el sistema está condenado a colapsar.

Son los valores humanísticos y morales los que deben entenderse, pues, como base del sistema económico. Por tanto, su pérdida genera crisis económica, y su recuperación, crecimiento.

¿Es una hipótesis exagerada? La economía es un producto social. No existiría sin la sociedad. No puede existir en el individuo aislado. Por tanto, si es social, depende del sujeto. Este subjetivismo de los procesos económicos, no dependientes de forma exclusiva de lo objetivo, de lo cuantitativo, hace que, por lógica, la pérdida o fortalecimiento de los valores se convierta en causa y no en consecuencia.

Referencias bibliográficas

Arrighi, G. (1994). *The long twentieth century: Money, power, and the origins of our times*. Verso.

Bauman, Z. (2007). *Liquid times: Living in an age of uncertainty*. Polity Press.

Bytтеbier, K. (2024). *Ethics of socioeconomics: Critical observations on capitalism through the lens of a lawyer*. Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-031-38837-8>

Corsalini, M. (2023). ESG capitalism from a law and religion perspective. *Religions*, 14(3), 418. <https://doi.org/10.3390/rel14030418>

Finn, D. (2006). *The moral ecology of markets: Assessing claims about markets and justice*. Cambridge University Press.

Fukuyama, F. (1995). *Trust: The social virtues and the creation of prosperity*. Free Press.

Habermas, J. (1981). *The theory of communicative action* (Vols. 1–2). Beacon Press.

Henderson, R. M. (2024). Reflection: Moral firms and the future of capitalism. *Business*

History Review, 98(1), 285–300. <https://doi.org/10.1017/S0007680524000011>

Hobsbawm, E. (1987). *The age of empire: 1875–1914*. Weidenfeld & Nicolson.

Horkheimer, M. (1947). *Eclipse of reason*. Oxford University Press.

Klump, R. (2024). Markets, institutions, and morality. *Journal of Contextual Economics (Schmollers Jahrbuch)*, 144(1), 77–98. <https://doi.org/10.3790/schm.144.1.77>

MacIntyre, A. (1981). *After virtue: A study in moral theory*. University of Notre Dame Press.

Maritain, J. (1942). *Christianity and democracy*. Charles Scribner's Sons.

Marx, K. (1867). *Capital: A critique of political economy* (Vol. 1). Verlag von Otto Meissner.

Mandel, E. (1980). *Las ondas largas del desarrollo capitalista*. Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1978).

Navarro Ruiz, C. (2024). Corrupción, Estado y la clase capitalista global: apuntes para un cambio de perspectiva. *EUNOMÍA. Revista en cultura de la legalidad*, 27, 55–71. <https://doi.org/10.20318/eunomia.2024.9000>

Piketty, T. (2014). *Capital in the twenty-first century*. Harvard University Press.

Polanyi, K. (1944). *The great transformation: The political and economic origins of our time*. Farrar & Rinehart.

Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. Simon & Schuster.

Saura, S., & Sepe, S. M. (2025). Economic and political objections to “moral capitalism”. *Social Philosophy and Policy*, 42(1), 37–55. <https://doi.org/10.1017/S0265052525000147>

Schumacher, E. F. (1973). *Small is beautiful: Economics as if people mattered*. Blond & Briggs.

Sennett, R. (1998). *The corrosion of character: The personal consequences of work in the new capitalism*. W. W. Norton.

Sen, A. (1999). *Development as freedom*. Alfred A. Knopf.

Taylor, C. (2007). *A secular age*. Harvard University Press.

Voegelin, E. (1952). *The new science of politics: An introduction*. University of Chicago Press.

Wallerstein, I. (1974). *The modern world-system I: Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century*. Academic Press.

Wallerstein, I. (2004). *World-systems analysis: An introduction*. Duke University Press.

Weber, M. (1905). *The Protestant ethic and the spirit of capitalism*. Routledge.

RESEÑAS

Angulo Ordorika, Ianire, *Dios no da a nadie por perdido. La parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1-12)* (FMF) 573-574; **Angulo Ordorika, Ianire**, “¿No habéis leído esta Escritura?” (Mc 12,10). *El Trasfondo veterotestamentario como clave hermenéutica de Mc 12, 1-12* (RSV) 574-575; **Bojorge Cervetti, Horacio**, *Estado pre-masorético del Pentateuco según el Targum Neophyti 1* (RSV) 575-576; **Brünning, C. - Vorholt, R.**, *La cuestión del mal. Aportaciones del Antiguo y Nuevo Testamento para la teología* (FMF) 576-578; **De la Morena, Gonzalo**, *Genesi dello scandalo cristiano. Origini storiche della fede nella divinità di Gesù Cristo* (FMF) 578-579; **Fédou, Michel**, *Jésus Christ dans l'histoire humaine et le mystère de Dieu. Essai de christologie* (BPA) 588-590; **Fusarelli, Massimo**, *Francisco de Asís. Una vida inquieta* (BPA) 590-591; **Hylen, Susan E.**, *Las mujeres en el mundo del Nuevo Testamento* (PSA) 579-581; **Kreider, Alan**, *La paciencia. El sorprendente fermento del cristianismo en el Imperio romano* (PSA) 581-582; **Leonet Zabala, Juan M.**, *Dios Creador según Santo Tomás de Villanueva* (AMM) 591-592; **Lazcano, Rafael**, *Biografía de León XIV. El Papa agustino, peregrino hacia Dios* (RRB) 595-597; **Madrigal, Santiago**, *La Iglesia. «Signo alzado entre las naciones»*. *Fundamentos de eclesiología* (BPA) 592-593; **Pikaza, Xabier**, *Juan Bautista. Una voz en el desierto* (BPA) 597-598; **Prades López, Javier M.**, *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural* (JG-VA) 599-601; **Schmid, Conrad - Schröter, Jens**, *La formación de la Biblia. De los primeros textos a las Sagradas Escrituras* (FMF) 582-583; **Silva Retamales, Santiago**, *El mundo de Jesús. Contextos socio-culturales para comprender a Jesús de Nazaret* (FMF) 583-585; **Stock, Klemens, SJ.**, *Jesús, bondad de Dios. Meditaciones sobre el Evangelio de Lucas* (FMF) 585-586; **Tück, Jan-Heiner**, *Crux. El escándalo de la cruz* (FMF) 587-588; **Zubiri, Xavier**, *Inteligencia sentiente* (FMH) 594-595.



INSTITUTO TEOLÓGICO DE MURCIA OFM
Servicio de Publicaciones



FECYT-443/2024
Fecha de certificación: 30 de julio de 2023 (1ª convocatoria)
Válida hasta: 29 de julio de 2025

